

Soy optimista y pienso firmemente que no todo está tan mal como lo pintan los agoreros y que, razonablemente, con esfuerzo y si conseguimos un mínimo nivel de acierto, esto puede ir a mejor. Pero no me parece defendible que hayamos alcanzado el nivel de provisión de servicios esenciales que nos propusimos con el Estado del Bienestar.

No es un reproche a la situación nacional. La aspiración original obedecía a un planteamiento del conjunto de la sociedad Europea y, en ese sentido, todos hemos fallado, en mayor o menor medida, probablemente porque los retos deben ser ambiciosos y, en su momento, como conjunto, tiramos alto, quizá demasiado, sin ser capaces de entender el coste global de aquello a lo que aspirábamos o bien quién iba a pagarlo y cómo, o simplemente, cómo identificar qué teníamos que ofrecer o aportar los individuos que aspirábamos a alcanzar esa situación sin, por ejemplo, haber nacido noruegos. No deberíamos considerar que hemos sido capaces de alcanzar plenamente los objetivos propuestos porque, aunque nuestra sociedad (concretamente la Española) ha evolucionado y se ha desarrollado de una manera que, probablemente, ha superado muchas de las aspiraciones y expectativas que podíamos tener al inicio de la década de los 60 del siglo pasado, seguimos experimentando algunas graves deficiencias a nivel nacional, como son que 1) una parte de nuestra población infantil no pueda cumplir con todos los requisitos necesarios (alimentarios y nutricionales incluidos) para su correcto desarrollo, 2) nuestros mayores estén experimentando una vejez probablemente diferente de la que concebían y, con toda seguridad, diferente de la que hicieron posible, a su vez, para sus mayores en su momento (no entro a valorar el concepto

de familia actual frente al de entonces, sino el impacto que el cambio innegable, cuando menos a nivel estadístico, ocurrido, tiene en el desarrollo de sus vidas y las nuestras), 3) los resultados de la evaluación de nuestro sistema educativo sigan poniéndonos en evidencia frente al resto de países que conforman la UE y no parece que estemos consiguiendo gestionar el fracaso escolar de una manera que nos vaya a permitir contar con los profesionales que vamos a necesitar, 4) el desempleo que, aunque más controlado, siga devastando, desde la raíz, a una buena parte del conjunto de la población (y probablemente esté íntimamente ligado al punto anterior), entre las cuestiones esenciales a analizar en las que no cumplimos las expectativas.

Pero la base, la idea intrínseca asociada a la aspiración de mejorar la calidad de vida de la Sociedad, de toda, sin distinción de origen, género, credo o edad, es esencialmente buena y nos sitúa frente a una serie de desafíos y oportunidades que pueden ser superables (los primeros) y muy aprovechables (las segundas) si los enfrentamos con la actitud y los recursos adecuados: la Actitud de entender que, sin esfuerzo, difícilmente podremos prosperar y los Recursos tanto individuales como colectivos que deberemos invertir en el Plan a seguir, no solo pagando unos impuestos equitativos, sino preparándonos para aportar valor al conjunto de la Sociedad a través de la educación, la formación y el aprendizaje, su internalización, la generación de nuevo conocimiento y la aplicación de todo ese esfuerzo enfocado en obtener un mayor bien global. En ese sentido, competir no solo no está mal, sino que es bueno. No nos puede bastar únicamente con participar cuando lo que nos jugamos es nuestro futuro y el de los que nos van a seguir.

La competitividad no solo se refiere a la capacidad de las empresas para competir en un mercado global, sino también a la capacidad de cada uno de los individuos y del conjunto de la sociedad de convertirse en su mejor versión, anticiparse, innovar, adaptarse y buscar una mayor prosperidad.

Esa competitividad, bien entendida y aplicada, puede guiarnos hacia una mayor eficiencia y productividad y, en consecuencia, a estar mejor a través de ser mejores (alcanzando nuestra mejor versión como individuos y como Sociedad).

En esto, las Empresas tienen un papel relevante a desempeñar, a través del desarrollo y la inversión en las personas que constituyen sus equipos y de una implementación consecuente de la RSC para contribuir activamente a la mejora de la Sociedad. También necesitamos unas Políticas Públicas responsables, que promuevan la Educación, la creación de valor a través de la Industria (para que, de ese impulso, surja el fomento de una I+D+i que, a su vez, generará nuevas oportunidades y desafíos) y establezcan marcos regulatorios que favorezcan la competitividad y una competencia justa.

Para que todo eso funcione, tendremos que apretar. El crecimiento de la inversión en I+D en España en 2023, más del doble que la media en Europa no es suficiente si la inversión en I+D por habitante sigue por debajo del 55% de la media de la UE27 (ver [informe COTEC](#)) y la evaluación de la educación de nuestros niños no puede seguir ofreciendo unos resultados tan desoladores (ver [estudio TIMSS](#)).

En España, y en Europa también, estamos en un momento crucial para apostar por ser más competitivos y conseguirlo. No deberíamos perder el tren.

Daniel CASTAÑÓN, Director (05/12/2024)